

an corda

SAN FELIU DE GUIXOLS - 29 OCTUBRE 1959
NÚM. 603 AÑO XII

Cosas de niños



Dicho así, sin más ni más, puede ser el epigrafe que encabeza estas líneas el anuncio de alguna de las innumerables travesuras a que nos tienen acostumbrados los niños. Travesuras realizadas con la natural inocencia, propia de su edad, no sin estar mezclada muchas veces con la no menos natural picardía que en los primeros años ya hace mella en el subconsciente infantil.

También podría servir este título (y aquí lo es) para hacer resaltar alguna de sus innatas inclinaciones al bien, al amor al prójimo, sea este particularizado en sus semejantes, o bien en algún ser irracional de esos que conviven con nosotros en domesticidad, y que por eso merecen nuestro cariño y respeto, tanto más si recibimos de ellos ayuda en nuestros menesteres.

Y ahí va el caso a que quiero referirme. Hace unos días nos informó la prensa que en cierto pueblo español al salir de la escuela unos niños vieron a un modesto jornalero agrícola que iba a sacrificar un borrico recién nacido por no tener recursos para criarlo.

Pues bien, esos niños, apiadados del animal, se lo pidieron a su dueño y le dijeron que si se lo daba se comprometían a mantenerlo y cuidarlo. Bueno, eso de cuidarlo tal vez no pudiera ser del todo verdad, pero sí lo de mantenerlo, pues cada uno estaba dispuesto a cederle una parte de la leche que les correspondía como complemento alimenticio escolar.

El buen hombre, compadecido a su vez del borrico, se lo dió de buena gana, y ya tenemos a los cuatro niños, pues cuatro eran, con su borrico camino de un viejo pajar de las afueras del pueblo y allí lo tienen desde aquel día, bien o mal guardado, y no pasa día sin que le lleven su ración de leche y

jueguen un ratito con él, que ya les ha tomado cariño y les está esperando.

He aquí un rasgo ejemplar de amor infantil hacia los animales. Una demostración entre tantas, de las que da muestra la niñez de su ingenuo candor y cariño, cuando estos no son malogrados por influencias maliciosas. Hecho que contrasta con las picardías que otras veces cometen y que hay que dispensar si se tiene en cuenta su falta de comprensión por el mal producido.

El corazón infantil tiene esa particularidad. Es sumamente sensible al sufrimiento ajeno. Tanto más si éste recae en otro ser débil y desvalido. A pesar de su impotencia física por minoridad de cuerpo quiere, se empeña el niño en ser paladín salvador de otro ser que considera, sin reflexionar menesteroso de ayuda y cariño.

Buena lección para los adultos ya curtidos por los reveces de la vida y a quienes el mundo ha ido ensordeciendo a los llamamientos de los infortunados.

El alma de poeta que en todo hombre anida se manifiesta pura y espontánea durante su niñez. Y exulta de alegría cuando encuentra a su «Platero» y puede compartir con él la gracia de su cariño. Por eso, y aunque parezca una irreverencia a los que han perdido el candor infantil, en todo poeta adulto perdura esa inclinación sentimental hacia el infortunado, sea éste su congénere o un simple borriquito sin amo y sin yantar.

Un San Francisco de Asís, un San Antonio de Padua, un Juan Ramón Jiménez no rehusan la amistad de los «plateros», antes la buscan.

El candor infantil pervive en su corazón y lo cultivan como un don precioso. «Dejad que los niños se acerquen a mí...»

¿Por qué cada hombre no sabe hallar su «Platero» en este mundo?

Xavier

Sintonia

Pasó la Misión

Pasó la santa Misión. Y con ella, pasaron los misioneros con su eco divino de la palabra de Jesucristo. ¡Y como la recogieron los guixolenses! Quince días han pasado para San Feliu, llenos de luz espiritual. De esta luz esplendorosa que nunca se extingue. 15 días de doctrina evangélica; quince días de madrugar, de predicar, de escuchar la voz de los misioneros, para sentirse sumergido en la paz inefable del verbo divino.

Y así se llegó a la cumbre final. San Feliu en masa muestra su adhesión fervorosa a la Misión en la tarde del domingo pasado, ante la presencia de la reverendísima persona del Sr. Obispo, de los misioneros, de los sacerdotes y de todos. Una vez más, en esta cumbre final, se reveló el verdadero testimonio de la inquebrantable religiosidad del pueblo de San Feliu de Guixols. Una vez más, el rescaldo inextinguible se había avivado y ahora era llama fervorosa que se agrandaba con sólo quince días de predicación. Todo un mundo no muy lejano, todavía, de frivolidad y de hojarasca quedaba borrado con quince días de auténtico cristianismo.

¡Ay, misioneros del Sagrado Corazón de María! Avivadores que habeis sido, esta vez, de nuestro rescaldo religioso. ¡Cómo sentimos en el alma vuestra partida! Porque, nos habíamos hecho ya tanto a vuestra presencia, a vuestras conferencias, a vuestras predicaciones, a las oraciones de todos juntos. . .

Ahora, las figuras admirables y cariñosas de los misioneros nos quedan retenidas en el ámbito intangible del pensamiento. Todavía nos situamos en los distintos lugares de las concentraciones fervorosas llevadas a cabo durante la santa Misión: el cementerio, las calles recorridas en el Rosario de la Aurora de cada día, el día de su llegada a la ciudad. . .

¿Se esfumarán, con el tiempo, todos estos recuerdos? No. No pueden desvanecerse, habiendo sido levantados sobre los cimientos tan inmovibles como son los de una Santa Misión.